

# El Monasterio de Vilabertrán

## Reflexiones entorno de la Abadía

Por Miguel Galobardes Vila



**D**E entre los varios modos como puede ser desarrollado un trabajo sobre Vilabertrán, preferimos nosotros hacerlo, en este caso, a base de hilvanar algunas reflexiones, muy generales entorno de los primeros interrogantes, el *«cómo»* y el

*«cuando»*, que produce el asombro en el espíritu humano, cuando se enfrenta éste con algo maravilloso o algo grande.

No será momento ahora, por lo tanto, para hablar del conjunto arquitectónico: de la majestuosidad de su iglesia románica con sus arcos torales descansando sobre columnas adosadas a los pilares; de su esbelto campanario de tres pisos con arcuaciones lombardas; de la austera severidad de su claustro; o de su palacio abacial con todos los caracteres de nuestras casas señoriales. Tampoco recurriremos a un somero resumen de su historia, aun cuando este recurso sirva no pocas veces para salir cómodamente de apuros y en él se disimulen de un modo discreto, entre lugares comunes, el corto alcance intelectual o la falta de experiencia. Tampoco se busquen en estas líneas, las nostálgicas exclamaciones con que suelen conmenarse, con exceso de fantasía y buena voluntad, las cosas que fueron y ahora no son puesto que lo pasado sólo es real como pasado y de ningún modo puede volver a ser presente.

Vamos a considerar el monasterio de Vilabertrán en abstracto, aunque desde un punto de vista muy humano —del mismo modo podríamos hacerlo con San Pedro de Roda, con San Quirico de Culera, etc.— como la manifestación de un estilo de vida, de un estadio cultural; como una síntesis de caracteres que definen su propia época.

Con la destrucción del Imperio de Occidente en el último tercio del siglo V, sobrevino para las naciones que tenían su destino unido a Roma un período, que bien podríamos llamarlo fantasmal. El genio greco-romano, con su inteligencia disciplinada y audaz iba disolviendo en la luz la nebulosa formada por todos los poderes, inmensos, ocultos, invencibles y terroíficos, que ofuscaban el espíritu humano. Cada destello de su privilegiada razón se transformaba en norma o ley, con las que se elevaba a la comprensión de toda la riqueza de matices del mundo moral, y al conocimiento y dominio de los fenómenos naturales.

Con la irrupción del bárbaro montado en brioso caballo, —centauro surgido de las selvas de Germania, donde celebraba sus asambleas en los claros de los bosques en las noches de pleni-

